

LA INFAMIA

de Óscar Liera

Personajes:

TOBÍAS DE IBARRA, 56 años

ELODIA ZATARÁIN, 53 años

DAMIÁN, 27 años

Por las tardes el pueblo es de un rosa poroso que hace que el aire se vuelva tangible al antojo de las manos. Todavía se ven caminar por las calles, con lentitud, las vacas que regresan a los establos. Los coches se detienen ante la pasmosa lentitud del caminar de los cabestros. Ovejas, perros, caballos y gallinas cruzan con tranquilidad las calles de tierra, sin pavimento. La casa de Tobías que es una casa a medio construir está en el centro del pueblo. Las sábanas usadas como cortinas cubren las ventanas; almanaques y fotografías familiares decoran las paredes sin enjarrar. Hay una serie de muebles que seguramente son desechos de las casas de las hermanas de Tobías porque no guardan ninguna unidad entre sí. Si alguien ya no quería una mesa, una silla o un sofá se lo llevaba a Tobías y él todo lo recibía; por eso entrar a esa casa era como echar un vistazo a la familia de los de Ibarra. Al abrirse el telón se encuentra a Tobías solo en la sala, medio ebrio, con un vaso de cerveza en la mano. Tiene la vista clavada en el suelo como esperando que algo surja del centro de la tierra. De vez en cuando se espanta con enfado las moscas de la cara o trata de matarlas con un matamoscas, hay como una obsesión por matar moscas. Se le ve muy claramente el aburrimiento de años en la cara y más cuando se echa hacia atrás y se quita las lagañas con la yema de los dedos y hace, luego, grandes esfuerzos, abriendo desmedidamente los ojos para ver la forma de la lagaña. Entra Elodia acompañada de Damián.

ELODIA: (A Damián.) Míralo, allí está atravesando la tierra con la mirada; hoy cumple doce días de estar borracho. Antier todavía se podía hablar un poco con él, ahora se ha puesto terriblemente agresivo. Por eso, querido, estaba yo, allí, en medio de la calle entre las vacas y los perros; no, si parece mosquita muerta pero me quiere tirar con cualquier cosa que encuentra.

DAMIÁN: (Saludando a Tobías.) Tío.

TOBÍAS: (Contesta el saludo con un movimiento de cabeza.) Esta mujer siempre dice puras mentiras. Antes decía que le tenía miedo a las vacas; cuando yo tenía el rancho nunca quiso ir a quedarse conmigo porque decía eso y que le chocaba el jedor de la bosta... y allí la ves parada en medio de tanto animal que pasa a esta hora por la calle.

ELODIA: Pues sí, Tobías, pero tú eres capaz de matarme si me quedo aquí.

TOBÍAS: ¡Ah!, ¿y las vacas no?

ELODIA: Pues prefiero que me mate una vaca.

TOBÍAS: (A Damián.) Siéntate.

DAMIÁN: Sí...

TOBÍAS: Jálate aquella silla.

DAMIÁN: Ésa está bien.

TOBÍAS: (Con gran autoridad.) Aquélla te estoy diciendo.

ELODIA: No, así se pasa todo el día gruñendo como molonqueado. TOBÍAS: (A Damián.) Siéntate. ¿Cómo está tu mamá?

DAMIÁN: Bien.

TOBÍAS: Tómate un trago de cerveza.

DAMIÁN: Bueno.

TOBÍAS: (Con autoridad.) ¡Elodia!

DAMIÁN: Yo me la sirvo.

TOBÍAS: Que te la traiga Elodia, para eso está aquí ella.

DAMIÁN: (Levantándose.) No, yo voy.

TOBÍAS: Antes no era así un hombre jamás se levantaba por un vaso.

Damián llega hasta la cocina: la sala, el comedor y la cocina están en el mismo espacio. Damián abre el refrigerador, saca una cerveza y se sirve. Elodia se acerca a él y hablan aparte. Tobías mata algunas moscas luego se abanica con un abanico de palma y se queda con la vista fija en el piso como atravesando la tierra con la mirada.

DAMIÁN: Me voy a quedar un rato con él, tú prepara la comida.

ELODIA: Nada me ha dejado hacer en toda la mañana; allí tengo la verdura picada, pero no he puesto a cocer nada, me grita y se viene y agarra un cuchillo y se me viene encima. Ayer se cayó al suelo y no lo pude levantar, tuve que salir a buscar quien me ayudara a llevarlo a la cama. Estoy muy nerviosa, querido. En las noches cuando se levanta me quedo temblando y cuidándole los movimientos, no ves que se pone como loco con el vicio ése.

DAMIÁN: Eso ha sido toda su vida.

ELODIA: Allá en Arizona, cuando se fue al norte, allá estaba bien; él se debió haber quedado allá y yo con mi hermana Cande, aunque es muy remilgosa, pero es mi hermana y ¡qué se le va a hacer!

TOBÍAS: (Desde la sala.) ¡Damián!

DAMIÁN: Voy, tío.

ELODIA: Vete a sentar con él a ver si alcanzo a preparar las cosas; yo luego le doy de comer y me voy para allá enfrente, son buenas vecinas, me conocen bien, allá me refugio de él.

TOBÍAS: (Desde la sala.) ¡Elodia!

ELODIA: Allí va ya el muchacho, Tobías, allí va.

TOBÍAS: Traime más cerveza, Elodia, esta botella ya no tiene.

DAMIÁN: Yo se la llevo, tío. (A Elodia.) Me voy a quedar allá.

Damián se retira de la cocina, va y se sienta con Tobías. Elodia se queda en la mesa preparando la comida y todos los diálogos de ella serán desde allá.

TOBÍAS: La noche está allá abajo y luego se encarama y allá abajo queda el día y aquí se sienta la noche. Cuando es de noche quiero que amanezca, que sea de día y cuando es de día quiero que sea de noche ¿qué crees que sea eso?

DAMIÁN: Una especie de inconformidad; tal vez si usted hubiera nacido en China no tendría ese problema.

TOBÍAS: Y allá abajo, a lo mejor, hay un chino mirando para acá.

DAMIÁN: En todas partes hay gente inconforme.

TOBÍAS: No es eso; es ansia de apurar todo para que llegue pronto el fin. Yo ya me estoy despidiendo; cualquier día de éstos o cualquier noche me voy, por eso quiero que llegue ese momento. Allí a la vuelta está el cementerio: de todos modos les voy a quedar cerquita. ¡Elodia!

ELODIA: Sí, sí. (Cerquita.)

TOBÍAS: Elodia ya lo sabe. Y nada de llanto ni lutos. ¡Elodia!

ELODIA: No, qué lutos; yo puros vestidos colorados tengo.

TOBÍAS: A ella le gustan los colores alegres, no es como mis hermanas; viven conteniendo la alegría y los colores, los colores... ¡Elodia!

ELODIA: ¡La discreción! Ellas para todo son discretas.

TOBÍAS: (Entre dientes.) Discretas. Allá en la casa de ellas todo es discreto; y cuando Cornelia vivía si yo me tomaba mis cervecitas entonces ya no era discreto. Y a lo mejor esa noche discreta que está allá abajo es la que me va a llevar y no quiero lutos ni llantos. ¡Elodia!

ELODIA: Ya sabes Tobías que nomás lloro un poco y me da hipo.

TOBÍAS: Le da hipo. Pues ni hipo quiero cuando me muera.

ELODIA: No, qué hipo; luego me duele mucho el estómago.

TOBÍAS: Le duele el estómago. (Pausa.) Le duele el estómago... (Pausa. A Damián.) Tu mamá, ¿cómo está?

DAMIÁN: Bien, tío.

TOBÍAS: ¿Viniste a pasar las vacaciones con ella?

DAMIÁN: Unos días.

TOBÍAS: ¿Quién te dijo que vinieras a visitarme?

DAMIÁN: Nadie.

TOBÍAS: No quiero que ellas sepan que estoy tomando. No quiero que ellas sepan las cosas malas que hago.

DAMIÁN: Ya saben.

TOBÍAS: (Furioso, trata de levantarse amenazante.) ¿Quién les dijo? ¿Quién les dijo?

DAMIÁN: (Ríe ante su furia.) No lo sé, yo apenas acabo de llegar.

TOBÍAS: Debe haber sido el faldilludo de Gerardo.

DAMIÁN: No sé.

TOBÍAS: ¡Elodia!

ELODIA: Pues no sabe, Tobías; ya te dijo que no lo sabe.

TOBÍAS: Quiero más cerveza, Elodia.

DAMIÁN: Yo se la voy a traer, tío; ella está haciendo la comida. (Se levanta.)

TOBÍAS: Y te quedas a comer con nosotros.

ELODIA: Sí, quédate, ya va a estar la sopa.

DAMIÁN: Ahora no puedo, otro día vuelvo. (Regresa con la cerveza.)

TOBÍAS: Siempre vienes de entrada por salida.

DAMIÁN: Ahora estamos hablando y tomando juntos.

TOBÍAS: (Enérgico.) ¡Y tú no debes agarrar el vicio de la cerveza porque estás muy joven!

DAMIÁN: No tengo ese vicio.

TOBÍAS: Pues es muy mal vicio: veme a mí, aquí, despidiéndome y esperando un día o una noche y no sé cuál; si la que está abajo o la que subirá mañana. Toda la vida me la he pasado esperando noches y días. Cuando trabajaba en la torre de control a veces me tenía que quedar hasta tres o cuatro días encerrado vigilando que todas las cosas funcionaran bien porque yo estaba encargado de la torre de control y tenía un uniforme y aquí, arribita de la bolsa de la camisa, tenía una plaquita que decía: "Ingeniero Tobías de Ibarra". ¡Qué ingeniero voy a ser yo! Pero ellos me dijeron que tenía que ponerme así para que los demás me respetaran. "Ingeniero Tobías de Ibarra", por allí la guardo. ¡Elodia!

ELODIA: Sí, por allí está en el baúl junto con el uniforme y con el sobre.

TOBÍAS: (A Damián.) ¿La quieres ver?

DAMIÁN: Este... sí, desde luego, claro, cuando se desocupe Elodia.

TOBÍAS: A ver si la sacas, Elodia, para que la vea Damián. Ingeniero Tobías... pues ellos decían y yo allí trabajaba... Pero sí sabía más que todos los ingenieros que llegaban de la universidad. Mucho respeto hay allá en el norte y la gente sabe valorar el trabajo que hacen los otros. Aquí no es más que puro robo, saqueo y pura cochinidad. El gobernador manda hacer una carretera que le va a dejar a él más de la mitad de lo que va a costar. Ahí por las tardes vienen los trabajadores y me platican las sinvergüenzadas que hacen los ingenieros, y todos roban; si el más principal es el peor, nadie le puede decir nada a nadie. Ingeniero Tobías de Ibarra. Elodia, saca la placa para que la vea Damián.

ELODIA: Ahorita que termine de echar todo a la lumbre.

TOBÍAS: Y esa placa es importante porque dice: "Ingeniero" y no soy ingeniero y éstos que son ingenieros no lo son, son ladrones, ladrones (Se enfurece.) como el gobernador. Allí tienes a ese viejo con la cara de asco dejándose retratar en los periódicos. ¡Bandidos! ¡Bandidos!

ELODIA: (Se acerca a Tobías.) Cálmate, cálmate Tobías porque Damián se va a ir.

TOBÍAS: ¿Por qué se va a ir si está hablando conmigo? ¿Te vas a ir?

DAMIÁN: No es bueno enfurecerse así, tío.

TOBÍAS: Y cómo no me voy a enfurecer si allí tienes uno de los ingenieros le está haciendo la casa a una querida y todos los días en las noches llegan con el material de la carretera. ¿A quién le está costando esa casa? Al pueblo, a los que trabajan y pagan impuestos. Yo por eso no trabajo; los veo allí cómo se arrebatan los materiales de las manos y siento asco. Trae la plaquita Elodia, para que la vea Damián.

ELODIA: ¡Ay qué hombre tan batalloso! (Entra a la recámara.)

TOBÍAS: Cande, la hermana de ésta, es una mujer de armas tomar y como ella mandaba al marido quiere que ésta me mande a mí y como yo le digo lo que pienso no le gusta a ella y se pone e inventa que la amenazo con cuchillos; siempre fue muy mentirosa y se va para allá para enfrente y se pasa todo el día asomándose para ver cuándo me muero.

DAMIÁN: Pues si sigue tomando así se va a morir.

TOBÍAS: Y si no tomo también me voy a morir; vale más que me muera alegre y no desesperado. (Aparece Elodia.) Enséñale a Damián la plaquita. (Elodia se la entrega a Damián.) ¿Qué dice allí?

DAMIÁN: Dice: Ingeniero Tobías Ibarra.

TOBÍAS: “Ingeniero”. ¿Dice o no dice ingeniero?

DAMIÁN: Sí.

TOBÍAS: Cornelia se enojó porque no le pusieron “de” Ibarra; ellos decían que era muy largo y como a mí nunca me ha importado ese apellido falso así quedó. (Pausa.) Cuando renuncié ellos me hicieron una despedida. Veintiocho años metido en la torre de control con mi plaquita aquí cerca del corazón. Me dijeron: “Tobías, ahora que se va a retirar queremos organizarle una comida”. Yo les dije: “Bueno, pero tengo que ir por mi mujer a Batacudea para que conozca aquí”. Ella nunca había viajado tantos kilómetros. ¡Elodia!

ELODIA: Yo nomás conocía hasta Acaponeta y para el norte hasta Mocerito.

TOBÍAS: Ellos no sabían que yo tenía mujer. Se sorprendieron: “¿Por qué nunca se la trajo a vivir con usted?”, me dijeron, y yo les respondí que ella tenía que cuidar a su hermana Cande, pero no era cierto, lo que pasa es que en el norte hay mucha depravación y yo no iba a permitir que mi mujer viviera en ese libertinaje. Total, me vine por ella y al otro día que llegué salimos en el tren de regreso. Cuando llegamos a la comida, ellos no me habían dicho nada, me sorprendí mucho porque habían arreglado el salón especialmente para mí. Cuando entramos estaban todos los empleados esperándonos y al entrar nos aplaudieron. ¡Elodia!

ELODIA: Nos aplaudieron.

TOBÍAS: A mí nunca antes me habían aplaudido. ¿Te han aplaudido a ti alguna vez, Damián?

DAMIÁN: No, tío.

TOBÍAS: Pues se siente muy raro; primero sorprende ese ruido estúpido que la gente hace con las manos, pero luego el ruido se uniforma y crece y florece como el girasol y es entonces cuando se mete el ruido ése dentro de la piel, luego te baja un escalofrío, se erizan las patillas y se siente uno importante aunque no lo sea. ¿No te imaginas?

DAMIÁN: No, tío.

TOBÍAS: Elodia y yo te vamos a aplaudir para que veas lo que se siente. ¡Elodia!

ELODIA: Que se pare allá. (Damián se levanta desconcertado y se pone de pie cerca del muro, ellos le aplauden y él sonríe estúpidamente.) ¿Qué sentiste, querido?

DAMIÁN: Nada, yo... no sé, creo que como nomás son ustedes dos...

TOBÍAS: Eres un muchacho discreto y honrado, y por eso te voy a contar la historia del sobre. Te la voy a contar porque no mientes como los otros de esta familia; todos son unos embusteros y se han inventado una historia que no les pertenece; son personajes de sus propias historias y yo también soy un personaje de sus cuentos. Pero tú no estás al alcance de sus relatos y no mentiste. ¡Claro que no vas a sentir nada porque este aplauso no te lo mereces, y uno siente eso cuando se merece el aplauso! Yo tenía casi treinta años detrás de mi plaquita de ingeniero vigilando en la torre de control y eso es lo que ellos aplaudían. Si yo te aplaudo, y yo solo te aplaudo el que te hayas largado de tu casa a pesar de todas las amenazas de tu madre y que te hayas salido de esta familia de mentirosos y que hayas tenido los supercojones de demostrarles que puedes vivir y triunfar sin ellos, este sería, pues, el aplauso. (Le aplaude pasmadamente, viéndolo fijamente a los ojos y con gran amor. Damián corre y lo abraza. Tobías lo abraza también. Se separan.) La historia del sobre.

ELODIA: No le cuentes eso al muchacho.

TOBÍAS: Él puede saberlo. (Elodia se levanta y se va de nuevo a la mesa a seguir cocinando.) ¿Sabes Damián por qué te lo anuncio así: “La historia del sobre”?

DAMIÁN: No.

TOBÍAS: Porque en esta familia todo es a base de historias. (Pausa.) Luego que tenía bien metido el aplauso debajo de la piel se volvió irresistible y yo ya quería que se callaran. Yo estaba llorando. Cada vez se iba acumulando más y más la emoción y tenían que callarse o yo iba a estallar. ¡Elodia!

ELODIA: Ellos se pusieron de pie. Alguien me tomó del brazo para que Tobías subiera a recibir un premio. El señor se me acercó y me dijo: “Nunca antes lo vi llorar”. “Yo tampoco”, le respondí. Un señor vestido de gerente se acercó a él.

TOBÍAS: El director se acercó a mí y pidió a todos que se callaran. ¿Tú entiendes inglés? (Damián afirma.) Dijo: “God protect this great man who has honored his country with his work and dedication. He gives us the example that work is not a divine punishment but a bleased joy that we should celebrate with gladness”. Y luego me entregó el sobre. Yo no me esperaba todo aquello. ¡Elodia!

ELODIA: No, nada, a él le habían dicho nomás que íbamos a comer juntos para despedirlo y era todo.

TOBÍAS: Me quedé con el sobre en la mano. Yo no sabía qué hacer en medio de todos mis compañeros de trabajo que estaban tan sonrientes. “¡Ábrelo!” me dijo una voz que salió de por allá. “¡Ábrelo!”, me dijo otra que me quedaba más cerca. “Ábrelo”, me decían todos, “ábrelo”. Yo “voltié” a ver al director quien con un gesto me invitaba a abrir el sobre. Subí el sobre a la altura del pecho y lo abrí. (Llora.) Estaba lleno de billetes; estaba lleno de puros billetes nuevos que cortaban con los filos. Nunca supe cuánto era; era mucho, mucho, demasiado. Quise sonreír pero en lugar de la sonrisa me corrió una baba larga por la boca y quise sacar el pañuelo pero me estorbaba el sobre; no sabía qué hacer con él; si lo guardaba rápidamente podía pasar por interesado, por cicatero y tacaño. A lo

mejor no era para mí y no era más que una prueba. Estaba atado a aquel sobre lleno de billetes y no podía sacar ni el pañuelo para limpiarme una baba que me unía al suelo, para secarme las lágrimas y para sonarme la nariz, y así me quedé no sé cuánto tiempo hasta que alguien se acercó a mí y dándome una palmadita en la espalda me dijo: “Vamos, Tobías, guarda ese sobre y toma este pañuelo”. Ese pañuelo es el mejor ofrecimiento que me han hecho en toda la vida. Yo necesitaba decir algo, no hallaba cómo agradecer aquel gesto, aquella atención y lo único que se me ocurrió decirles fue: “En agradecimiento a esto mi esposa les va a bailar”. Alguien tradujo lo que dije y todos se quedaron muy quietos y encantados esperando ver el gran espectáculo.

ELODIA: (Llega hasta ellos. A Damián.) Yo debo aclararte una cosa, querido; no sé bailar. Una vez, cuando recién conocí a Tobías, de pura simplera, ya ves que uno dice tantas tonterías cuando anda de novia, le dije que de niña, en Ixpalino, en la escuela salí bailando una danza turca; yo tendría unos ocho o diez años; ahora tengo cuarenta y ocho y desde entonces no la había vuelto a bailar. ¡Y ay, querido, para qué quieres más!; yo desde que oí que su esposa iba a bailar, y como ya lo conozco, se me aguadieron las canillas. El hombre que estaba a mi lado me dijo: “Oh, qué bien, que usted baila, dice su marido”. Y me llevó a la tarima y me trepó allí. Yo no entiendo eso de los aplausos que él dice porque yo lo que quería era morirme en cuanto comenzaron a aplaudir. No sabía qué hacer, no podía dejar mal parado a mi marido; él había prometido que yo bailaré y tenía que hacerlo; la canción turca se me había olvidado en gran parte. (Aquí entona algunos cantos árabes y mueve los hombros y los brazos de una manera ridícula.) Me entallé la falda y comencé a moverme como según yo iba la danza. Ellos al principio aguantaron la risa, pero no pudieron más y empezaron a reírse a carcajadas. (Llora.)

TOBÍAS: (Se yergue furioso.) ¡Se reían de mi mujer! ¡Se reían de mi mujer porque les bailaba la danza turca y yo me enfurecí! Me puse negro de la rabia y la jalé del brazo, luego empecé a aventarles con los billetes que me habían dado: “¡aquí está su pinche dinero”, les dije, “no me sirve ni para limpiarme el culo con él”. Y nos salimos. Nos salimos y nos venimos sin un cinco. No sé por qué pero el sobre vacío se me quedó en la bolsa del saco y lo guardamos junto con la plaquita.

ELODIA: Fue un viaje muy penoso el regreso a Batacudea; nunca se habló ni media palabra. Ni comimos ni bebimos agua en día y medio que dura el viaje. Hasta después de

muchos días comenzaron a salir las primeras palabras. Tobías se dedicó a contemplar los gusanos porque dijo que les hallaba una gran semejanza con los hombres.

Damián se levanta y se sirve más cerveza. Elodia empieza a poner la mesa y Tobías se pone a cantar en voz baja:

Señores a ponderar lo que hacen los animales: vide tejer dos huacales bien retejidos de hilacha, dos palomitas tencuachas pelándome tantos dientes, los tenían tan relucientes que parecían de marfil...

TOBÍAS: ¡Elodia! Tráeme los cigarros. (Elodia se los lleva, él enciende uno, aspira el humo y luego lo suelta y continúa con la canción.)

Les conté más de tres mil aparte de los colmillos, dos pericos amarillos apedreando a un comején.

TOBÍAS: Esta canción es muy vieja. (A Damián.) ¿La conocías?

DAMIÁN: Sí, mi mamá la canta.

TOBÍAS: “Dos pericos amarillos, apedreando a un comején...” ¡Elodia!, ¿voy a tener cerveza para en la noche?

ELODIA: Sí.

TOBÍAS: Cuando uno quiere ser algo y no puede llegar a serlo se le amarga la sangre, la saliva y la carne, y no queda más que el amargor de la cerveza para seguir haciendo la vida soportable. Tú has hecho lo que has querido; eres el único de la familia que no se ha sometido y has hecho lo que se te pega la gana aún en contra de la voluntad de todos. Yo quería ser aviador, pero a Cornelia le horrorizaba la idea de que yo anduviera allá arriba trepado en un aparato y me decía que si lo hacía, que ella se iba a morir y no fui aviador y de todas maneras ella se murió. Y así fue; otros decidieron mi vida y cuando me liberé y me fui para Arizona ya era demasiado tarde; ya iba con las manos atadas. ¡Elodia!

ELODIA: Ya está la comida.

TOBÍAS: (A Damián.) Quédate a comer.

DAMIÁN: Hoy no puedo; deveras, no puedo. Ya me voy.

ELODIA: Que te vaya bien, no quieres comer, no quieres estar más con nosotros.

DAMIÁN: De verdad, otro día vuelvo.

TOBÍAS: Nunca te habías sentado a tomar un trago conmigo, nunca habíamos platicado tú y yo.

DAMIÁN: No, nunca; me gustó.

TOBÍAS: Te gustó, ¿qué dije que te gustara?

DAMIÁN: No nos conocíamos antes.

TOBÍAS: Eso no tiene sentido, ¿tú crees que con esta platiquita ya me conociste, baboso? Yo toda la vida traté a mis hermanas y creía conocerlas pero en verdad las conocí hasta que murió Cornelia, mi madre; hasta que murió pude decirle madre.

DAMIÁN: Ya me voy.

TOBÍAS: ¿Volverás?

DAMIÁN: Claro que sí.

TOBÍAS: Esta es tu casa.

DAMIÁN: Gracias.

TOBÍAS: Y puedes traer a tus amigos si quieres.

ELODIA: Tobías, el muchacho se tiene que ir.

TOBÍAS: ¿Y qué con que se tenga que ir?, nunca viene.

ELODIA: Pues no venía por ti, por tu carácter, porque te expresabas mal de él sin conocerlo, así como te expresas mal... (Tobías arremete contra Elodia y le da un golpazo en la boca que la hace sangrar.)

TOBÍAS: ¡Párate, víbora!, porque eso eres, una serpiente ponzoñosa que envenena el ambiente con sus soplidos. Y eso es lo que has hecho toda la vida: amargarme la existencia. El día que bailaste como un gran sapo hinchado y que me hiciste pasar el peor de los ridículos, ese día fuiste feliz. Echaste a rodar por la calle mi trabajo de casi treinta años y te quedaste pandeándote. Pero te voy a matar dormida; una noche de éstas te voy a matar dormida. Vela las noches Elodia Zataráin y cuídate de mi caguayana porque te voy a partir en dos.

DAMIÁN: Tío cálmese, por favor... (Elodia se levanta del suelo y se limpia la cara.)

TOBÍAS: (A Damián.) ¡Cállate tú, pedazo de mierda, vergüenza de los de Ibarra! No trates de meterte en este matrimonio que está podrido, envenenado; el día que tú formes el tuyo tampoco debes permitir que ningún pendejo se quiera poner entre tú y tu mujer, si es que te gustan las mujeres.

DAMIÁN: Yo a las mujeres les doy un trato mucho mejor que el que usted le da a la suya. No tengo nada más que decir, adiós.

TOBÍAS: Vete Damián de Ibarra a buscar un apellido que te corresponda; sólo quiero que sepas una cosa; que tu padre llegó una noche borracho a esta casa a contarme cómo te sedujo un día para vengarse de los de Ibarra y de tu madre.

DAMIÁN: Siga bebiendo, tío, para que se le amargue más el alma y ojalá se muera pronto y nos deje en paz. (Sale con violencia.)

TOBÍAS: (Va hacia la puerta.) ¡Ese es mi asco; por eso no quiero que te pares en esta casa! (Pausa larga. Tobías se sienta y bebe.)

ELODIA: (Grave.) Ya está servido. ¿Vienes solo o te ayudo?

TOBÍAS: No, yo puedo. (Pausa.)

ELODIA: Acabas de cometer el peor de los pecados.

TOBÍAS: ¿Cuál es el peor de los pecados?

ELODIA: La infamia.

TOBÍAS: (Grave.) La infamia.

ELODIA: Dios no tendrá compasión de ti, Tobías de Ibarra.

TOBÍAS: Me han jodido todos. Veintiocho años encerrado en aquella torre haciéndome sentir que yo era indispensable para tratarme como esclavo. Engañándome a mí mismo con que era ingeniero sin serlo.

ELODIA: Se te va a enfriar la comida.

TOBÍAS: (Se levanta y se va a la mesa.) Otra vez patas de pollo con garbanzos.

ELODIA: Otra vez.

TOBÍAS: Estoy harto.

ELODIA: Mañana voy a ir con tus hermanas a pedirles más dinero.

TOBÍAS: Diles que yo no sé que vas.

ELODIA: Ellas saben por mí que tú no sabes a qué voy; pero juegan a que no saben, porque sí saben.

TOBÍAS: No importa, tú diles.

ELODIA: Voy a guardar la plaquita. (Sale. Tobías se queda solo sentado a la mesa.)

TOBÍAS: Sí, guárdala bien junto con el sobre, por si luego viene otro de la familia que quiera verla. (Se agacha sobre el plato.) Bendice Señor los alimentos que vamos a recibir de tu liberal mano tú que vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos, amén.

TELÓN